

bam
bú

Olga y el grito del bosque

Laure Monloubou



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *Olga et le cri de la forêt*
© Éditions Amaterra, 2020

Derechos de la traducción gestionados a través de
Sarah Daumerie (SD Foreign Rights) y Ttipi agency,
Francia

© 2020, Laure Monloubou, por el texto y las ilustraciones
© 2022, Palmira Feixas, por la traducción
© 2022, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

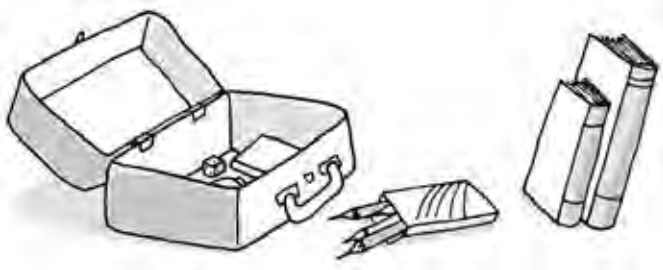
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-8343-820-6
Depósito legal: B-11175-2022
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

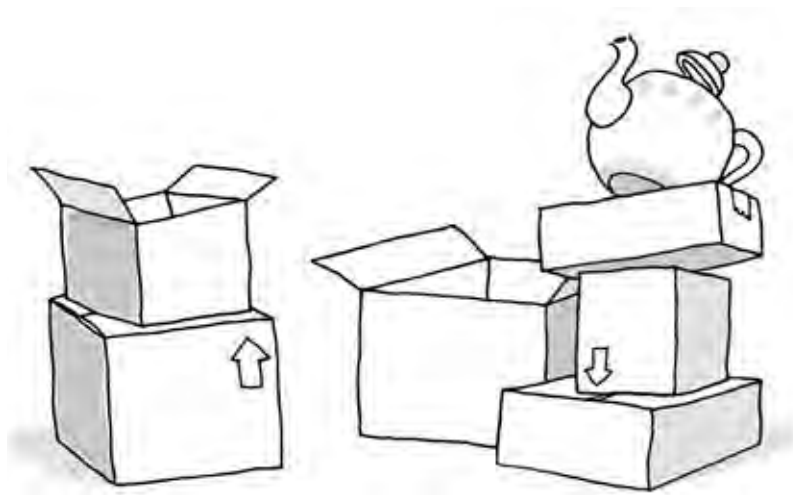
Capítulo 1



Olga tenía ocho años y ya se había mudado seis veces.

Comer pastel de chocolate seis veces en una vida de ocho años es poco, cepillarse los dientes seis veces en ocho años es muy muy poco, pero cambiar de casa seis veces es mucho para una vida tan corta como la de Olga. Esas mudanzas frecuentes la obligaban a no tener nada más que lo estrictamente necesario: su cuarto cabía en una maleta pequeña. Así, cuando Bernard, su papá, se levantaba una mañana y, en pleno desayuno, anunciaba: «Queridas, ¡volvemos a marcharnos a la aventura!», Olga solo tenía que recoger sus cuadernos, su estuche, sus cuatro libros ilustrados, su conejo azul, sus cinco cartas para jugar, su bote de lápices de colores, su muñeca *Mirette*, su

dado ¡y ya estaba lista! Entonces Bernard desmontaba la biblioteca del salón, Fédora, la mamá de Olga, se bebía de un trago el té, guardaba la taza en una caja de cartón junto con la tetera, todavía llena de una mezcla rusa que desprendía un olor delicioso a naranja y a Navidad, le daba un beso a su marido, vaciaba el contenido del frigorífico en la nevera portátil, colocaba la ropa en una caja, plegaba las sillas de *camping*, se apretaba el moño, su marido le mandaba un beso volado mientras lo cargaba todo en el coche, ataban el sofá en la baca, metían los colchones detrás, la cama de *Monsieur* encima y ¡que sea lo que Dios quiera, vamos, que nos vamos, a otra cosa, mariposa, me piro, vampiro!



Y así acababan los tres instalados en la banqueta delantera de su viejo Peugeot 403 Break del año 1957, heredado de una tía abuela que era muy moderna en su época. Se dirigían hacia nuevos horizontes, dejando atrás su última vida...



Capítulo 2



Esta historia empieza así, una mañana de viaje. Olga acababa de terminarse la rebanada de pan con mantequilla y mermelada, Fédora apenas acababa de infusionar el té cuando Bernard, que ya se había tomado el café, declaró:

—¡Ya va siendo hora de marcharse!

Al ver que sacaba las cajas de cartón, Olga lo comprendió. Su viejo coche pronto estuvo lleno a reventar. *Monsieur* tenía los bigotes alborotados, no decía nada, pero todo eso lo exasperaba un pelín. Olga había llenado su maleta; su cuarto, bueno, su antiguo cuarto estaba casi vacío, solo quedaban un somier y un armario blanco a juego. Por séptima vez, toda la familia se encontraba en la banqueta delantera del coche; por séptima vez, Olga tomaba la carretera y,

como las veces anteriores, se preguntaba con cierta excitación: ¿hacia dónde?

Ya habían conocido el confort de una casita de campo de estilo inglés, la estrechez de una buhardilla parisina, la modernidad de una casa de diseño (con piscina), la sencillez de un bungalow en Las Landas, la inmensidad de un castillo demasiado frío, la calma de un chalé en medio de la nieve y, por último, la comodidad de un piso de tres habitaciones con cocina equipada en el duodécimo piso de un edificio construido en 1972. ¿Adónde irían ahora? En realidad, para Olga no era tan importante, a ella lo que le gustaba era estar allí, en la banqueta entre papá y mamá, contemplando los paisajes, las ciudades, las aldeas y a la gente al borde de la carretera, que parecía desfilarse sin moverse. Le gustaba ver cómo anochecía, le encantaba observar las estrellas que aparecían detrás del enorme parabrisas, las veía brillar y pensaba que ya solo faltaba que despegase el coche y papá encontrara una bonita casa en la Luna. Olga se





dormía así, con la mejilla apoyada en el brazo de mamá, que debía de estar contándole cosas a papá.

–¡Ya hemos llegado! –anunció Bernard.

A Olga le costaba despertarse, un pequeño rayo de sol le restregaba los párpados, intentando abrirle los ojos.

–¡Esta casa es extraordinaria! ¡Mucho mejor que en la foto! –exclamó Bernard.

La verdad es que Bernard tenía una facilidad desconcertante para maravillarse y fascinarse, pese a su avanzada edad (rozaba los treinta y ocho años).

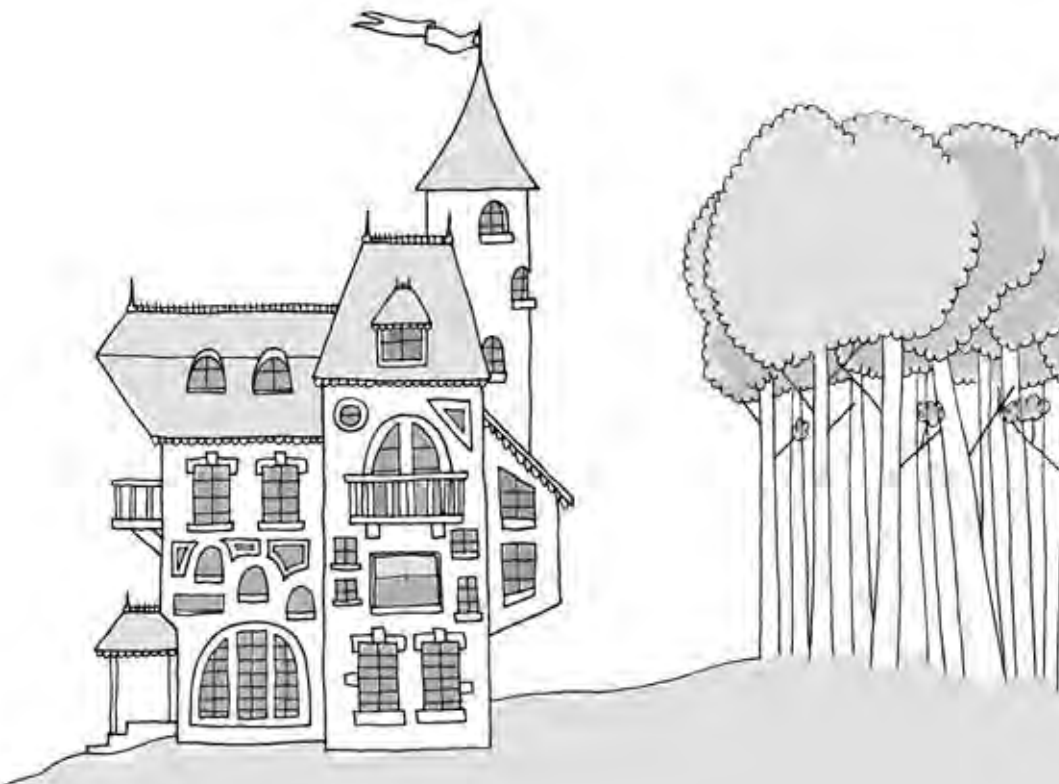
–¡Es increíble, Bernard! –le dijo Fédora embelesada, pues a ella también le encantaba lo fabuloso.

–¡Ay, Fédora, ya sabía que te gustaría! –contestó Bernard, dándole un beso a su mujer, antes de volverse hacia Olga.

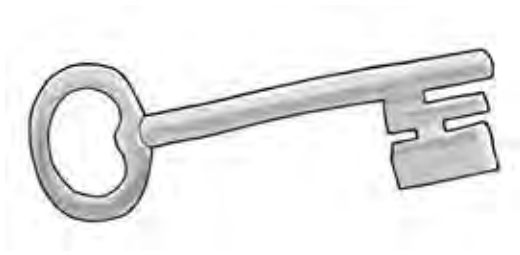
Olga había salido del coche y contemplaba la casa: nunca había visto una así, aparte de en algunos libros de cuentos o en historias extraordinarias. Esta era

de las más asombrosas y singulares que recordaba: excéntrica, envejecida por el tiempo, la lluvia y las estaciones. ¡Tenía ventanas por todas partes! ¡Ventanas grandes, pequeñas, redondas, alargadas, achataadas, ovaladas, larguiruchas, triangulares, abiertas y cerradas! Había tres pisos, un balcón en el segundo y una torre. ¿Quién no ha soñado alguna vez con vivir en una casa con una torre? Una torre con un tejado puntiagudo, con un pico rematado por una veleta, en la que ondeaba una bandera con unos dibujos que Olga no podía distinguir desde el suelo.

—¡Vamos allá, reinas! —cantó Bernard, blandiendo un manojito de llaves.



Capítulo 3



Bernard hizo girar la inmensa llave en la inmensa cerradura de una puerta principal de tamaño normal. Empujó el batiente y le hizo una reverencia a Fédora, invitándola a entrar, pero *Monsieur*, que siempre ponía todo su empeño en ser el primero en visitar cualquier nuevo lugar, se escabulló entre sus piernas. A Fédora le dio igual, sabía que *Monsieur* era muy susceptible en ese punto (y en otros que no puedo enumerar aquí).

Un sol suave acariciaba las paredes, rebotaba en el parqué y hacía danzar miles de motas de polvo. Fédora abrió las ventanas para dejarlas salir, de manera que fueran a vivir al bosque que había junto a la casa. El parqué chirriaba a cada paso. Bernard iba palpan-do las paredes para comprobar su grosor y su solidez.

—¡Oh! ¡Qué caserón tan recio! ¡Tengo el presentimiento, queridas, de que aquí vamos a estar de perlas!

Olga observaba a su padre dar golpecitos a los tabiques. A ella la solidez de las casas no le preocupaba lo más mínimo; para el poco tiempo que iba a quedarse, no tenía ninguna importancia.

En la planta baja estaban el salón, con su chimenea, y la cocina y un despacho; una preciosa escalera de madera conducía al primer piso, donde había dos cuartos, y luego la escalera continuaba hasta el segundo, donde había dos habitaciones más, y, por último, terminaba en el tercero, donde había un único dormitorio y otra escalera de caracol, muy estrecha, que llevaba a la torre.

Bernard ya estaba en el piso de arriba, con los brazos abiertos, dando vueltas sobre sí mismo, feliz como una perdiz.



—¡Mirad qué cuarto tan maravilloso!

Será nuestro escondite, nuestra biblioteca y nuestro observatorio, ¡aquí estamos muy cerca de las estrellas! Fédora, cielo, ¿estás contenta?

—¡Sí, Bernard!

—¿Y tú, Olga, mi vida?

Bernard cogió a su hija en brazos, Olga descubrió su mirada alegre y le respondió con una gran sonrisa.



Adondequiera que fueran, ¡Olga podía elegir su cuarto! Aquí, enseguida se decidió por el del tercer piso, que, lo reconozco, también habría sido mi elección: estaba en la última planta, era tranquilo, bastante grande, pero no demasiado, y, además, tenía tres ventanas (una cuadrada y dos redondas) que daban al bosque, desde las cuales Olga vería ciervas corriendo y saltando, ¡seguro! Era la mejor habitación de la casa (sin contar la de la torre, claro; ¿quién no ha soñado alguna vez con tener una torre?; realmente, ¡era increíble!). Fédora y Bernard ya habían descargado el coche y se estaban preparando un café en la cocina. *Monsieur* había encontrado su lugar, cerca de la chimenea del salón. Él era muy previsor: así se reservaba su sitio para las noches de invierno

(aún corría el mes de junio). No se olvidaron del sofá, idealmente situado enfrente de la chimenea, muy cerca de un viejo armario que ya estaba allí y de un piano de pared que nadie había tocado en mucho tiempo.

En el cuarto de Olga había:

- una fabulosa cama con dosel, en la que colocaron su colchón;
- un viejo escritorio, con muchísimos cajoncitos, donde estudiaría con mamá o con papá;
- una pequeña estantería, perfecta para los libros de Olga.

A Olga le encantaban los libros; solo tenía cuatro, pero le parecían un tesoro. Estaban llenos de dibujos extraños, de grabados, de imágenes increíbles con bestias que salvan a princesas o ranas que hablan con caracoles.



Las cuatro paredes del cuarto estaban cubiertas por un maravilloso papel pintado: representaba pequeñas escenas encantadoras con conejos, uno que se comía una zanahoria y otro que saltaba, repetidas centenares de veces. Era precioso, desde luego, pero en un rincón estaba estropeado y descolorido. Al ver la cara de decepción de Olga, Bernard le prometió que lo arreglaría cuanto antes. Mientras tanto, ella podía empezar a arrancarlo, ¡lo cual es un gustazo! Al día siguiente, pues, Olga se dedicaría a quitar el papel pintado, pero decidió que guardaría algunos retales, porque esos conejitos eran monísimos.